

Gonzalo Miller: Despierta.

Nos fuimos acostumbrando a verlo en “Estado Nacional”, como un aparecido para el vulgo, con un razonamiento justificativo de la acción de la derecha extrema, de manera tal que su discurso pasó a ser convincente para una televisión omnisciente que tiende a controlar el pensamiento colectivo de una población. Con el tiempo comenzamos a ver sus dibujadas cejas mostrando sus estados de ánimo, pasando de la agresividad, a la defensiva o a la burlesca incredulidad, de manera tal que, al observarle sabemos cuándo su intervención es verdadera, falsa o modelada para la ocasión. Además, confirma con un “ah” el final de una afirmación cuando busca formar una opinión inapelable.

Con el tiempo se fue posicionando y ya no es posible separarlo de aquella pantalla. Los poderes fácticos que pululan en el medio le dieron un espacio que hoy explota la UDI como si fuera su pensador más influyente. Ya no es Moreira, Larrain o Lavín. Sólo compite con la JVK y ha elevado su condición de poderoso al introducir al mismo segmento a su cónyuge la diputada María José Hoffmann, con quien se han rendido a sus pies y, ahora, la tienen como nuevo referente del clasismo, fanatismo gremialista y defensoría del conservadurismo.

Ahora estamos acostumbrándonos a verlo todos los días en un canal de televisión que opina desde la muerte de una hormiga a la de un barrista, dándole la misma importancia a todos ellos mientras mantienen el control remoto de sus espectadores lo más distante posible.

Su extrema posición de exagerar los logros de su gobierno, tanto en el primer período como en los meses del segundo le cayó como escupitajo en el rostro luego de la explosión social del 18 de octubre y, desde entonces, debe buscar argumentos para simplificar, cubrir sus huellas verbales e introducir aspectos nuevos a una situación que no fue capaz de interpretar o mucho menos predecir.

La razón debió primar y los editores debieron buscar nuevos y mejores rostros para interpretar la realidad nacional: gente con reflexión propia y ausente del patriarcado de los partidos o de sus fundadores, todos los cuales están bajo el paraguas de slogans forjados a fuego y de los cuales no se pueden desprender porque traicionarían sus principios. Craso error del poder al sobre exigir a la sociedad restringirse a lo conocido temerosos de correr el riesgo de la innovación.